

Domingo XIX del TO
Ciclo B



11 de agosto de 2024

1Re 19,4-8

Sal 33

Ef 4, 30-5,2

Jn 6, 41-51

P. Eduardo Suanzes, msp

Jesús dice: «*Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo*». Sus adversarios protestan contra tal pretensión. Su argumento se basa en su origen humano, bien conocido, que, según ellos, excluye por sí mismo todo origen divino. Esa pretensión de Jesús que dice que es el pan vivo que ha bajado del cielo, siendo hombre de carne y hueso, es inadmisibile. ***La piedra de escándalo es, por tanto, la humanidad de Jesús. Y, sin embargo, es precisamente en esa carne y sangre, en su humanidad, donde está la plenitud del Espíritu que lo hace la presencia de Dios en la tierra.*** Ellos no pueden ni siquiera imaginarse la locura de un Dios tan cercano¹.

Jesús no entra en discusión acerca de su origen divino o humano; e indica que para acercarse a él hay que dejarse empujar, dejarse atraer, por el Padre. El Padre empuja hacia Jesús, porque éste es su don, la expresión de su amor a la humanidad. Ellos, que no se interesan por la humanidad, no esperan ese don ni lo desean. La actividad de Jesús en favor de los postrados, de los ninguneados, de los que no cuentan, no los interpela, siendo el único criterio para entender quién es Jesús, su misión divina y la presencia del Padre en él. Ellos está como atrincherados en su teología, que les impide ser dóciles a Dios, por lo que no aceptan a Jesús.

Los fariseos creían en la resurrección final como premio por la observancia de la Ley, pero se equivocan en el punto de mira. Porque Jesús les está diciendo que la vida eterna, la resurrección, no depende de esa observancia, sino de la adhesión a él... ***No hay más resurrección que la que él da y que va incluida en la vida que él comunica aquí y ahora.*** Él es el único que dispone de la vida, porque Él mismo es la vida.

Si los judíos no aceptan que ha bajado del cielo es porque no creen en él. Y si no creen en él, es porque el Padre no los ha llevado hasta él. Esta afirmación tan radical sugeriría que todo depende de Dios: solo los que él acerca a Jesús creerían en Jesús. Pero no, no es así, porque inmediatamente después se añade: «Dios instruye a todos... pero no todos quieren aprender»². En efecto, Jesús dice: «*Todo aquel que escucha al Padre y aprende de él, se acerca a mí*». Por tanto, Dios no elige a algunos privilegiados para que crean en Jesús; el Padre se ofrece a todos y a todos es posible la adhesión. ***Pero hay que aprender del Padre y dejarse empujar por él.*** Solo el que acepta su enseñanza viene a Jesús, lo acepta, y cree que ha bajado del cielo.

¹ Cfr. JUAN MATEOS Y JUAN BARRETO. *El Evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1982

² Cfr. JOSÉ LUÍS SICRE. *Tres tipos de pan*. En www.feadulta.com

El Padre no es inmediatamente accesible, sólo Jesús, que procede de él, tiene una experiencia inmediata. Jesús, que conoce al Padre cara a cara, es el único intérprete de Dios. Es más, él es el único que puede manifestar su designio sobre el hombre y establecer las condiciones para realizarlo. Ellos, sin embargo, no escuchan a Dios, porque no están a favor del hombre, por tanto, no podrán aprender de él y no podrán ser empujados hacia Jesús; por eso se oponen a Jesús. ***Pero el que se adhiera a él, dice Jesús, recibirá una nueva calidad de vida que, por su plenitud es definitiva. El hombre se realiza por su adhesión a Jesús.***

Por eso es que dice: «*el que cree en mí tiene vida eterna*». Noten que no dice «tendrán vida eterna», sino «*tiene vida eterna*». Y lo dice en presente ***porque con Jesús no solo ha aparecido en la tierra la divinidad, sino también la eternidad***. En Cristo Jesús no solo tenemos a Dios y el hombre, sino la eternidad y el tiempo. Al decir Juan en su prólogo que la «*Palabra se hizo carne*» está diciendo al mismo tiempo que la eternidad se ha hecho visible, es decir, ha entrado en el tiempo, y ha venido a nosotros, se nos da a nosotros hoy. Con esa simple frase de Jesús descubrimos que en él se unen lo natural y lo sobrenatural, ha unido los dos extremos, el tiempo y la eternidad, Dios y el hombre. Esto significa que Jesús —que es el «*mediador entre Dios y el hombre*»³— es también el mediador entre la eternidad y el tiempo. Es el puente sobre el abismo, el que permite pasar de una orilla a otra. Cristo representa, por tanto, la única realidad capaz de salvar al hombre de la desesperación. Él cambia el destino del hombre, y de un "ser-para-la-muerte", hace de Él un "ser-para-la-eternidad"⁴.

Nosotros, los creyentes, debemos desmitificar un cierto error con el que nos movemos en nuestra vida de fe. De esta palabra de Jesús deducimos que no es para nada cierto que la eternidad es en esta vida sólo una promesa y una esperanza, que solo es para el futuro. ¡Es también una presencia y una experiencia hoy! Es por eso que el mismo evangelista dirá en una de sus cartas que en Cristo: «*la vida eterna que estaba junto al Padre se hizo visible. Nosotros la hemos oído, visto con nuestros propios ojos, la hemos contemplado, tocado*»⁵.

Con Cristo, el Verbo encarnado, la eternidad ha irrumpido en el tiempo y nosotros podemos experimentarla cada vez que creemos, porque el que cree «*posee ya la vida eterna*»⁶. Lo hacemos cada vez que, en la eucaristía, recibimos el cuerpo de Cristo, porque como acabamos de escuchar él es «*el pan de la vida*»; lo hacemos, también, cada vez que escuchamos, por parte de Jesús, las «*palabras de vida eterna*»⁷. Es una experiencia provisoria, imperfecta, pero verdadera y suficiente para darnos la certeza de que la eternidad existe verdaderamente, que el tiempo no es todo.

³ 1 Tm 2, 5

⁴ Cfr. RAINIERO CANTALAMESSA. *Jesucristo, el Santo de Dios*. Ed. Lumen. Buenos Aires, 2007

⁵ Cfr. 1Jn 1,1-3

⁶ Cfr. 1Jn 5,13

⁷ Cfr. Jn 6,68